

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Enrique de Varigny

La fragilidad del sexo fuerte

Es un hecho conocido que en ninguna parte hay equilibrio perfecto entre el número de los hombres y el de las mujeres. En Bélgica, el país donde este equilibrio es más pronunciado, existe un ligero excedente femenino: 1,005 mujeres por cada 1,000 hombres. En el resto del mundo civilizado, ó hay un excedente femenino notable en las comarcas del Norte, donde parece que la naturaleza haya querido consagrar la poligamia, ó bien hay un excedente masculino en las comarcas del Sud, que parecen predestinadas á la poliandria. En Noruega hay 1,091 mujeres por cada 1,000 hombres, en Escocia 1,072, en Inglaterra 1,062, en Alemania 1,039, en Francia 1,014. Y si descendemos hacia Italia, Grecia y Servia, únicamente hallamos 980, 950 y 930 mujeres por cada 1,000 hombres. En los Estados-Unidos las proporciones relativas de los sexos son menos desemejantes; en el Norte hay un ligero excedente femenino y en cambio en el Sud el déficit es muy marcado.

Por otro lado es cierto asimismo que en todas partes, hasta en los países en que el excedente femenino es más pronunciado en la población existente, la natalidad masculina es mayor que la femenina. Nacen más varones, es un hecho reconocido.

«La superioridad de los nacimientos de varones comparados con los de las hembras observada en todas partes, desde Nápoles á San Petersburgo, indica una mayor posibilidad en los nacimientos de los varones con una probabilidad muy cercana á la certidumbre,» escribía Laplace en su *Memoria sobre las probabilidades*, año 1783.

Por lo demás, aquí están las estadísticas demostrando que en el conjunto de los países de la Europa occidental, nacen de 1,040 á 1,060 varones por cada 1,000 hembras (1).

Relacionando los dos hechos se impone la conclusión de que si hay más mujeres aunque nazcan más hombres es porque hay un excedente de mortalidad masculina. No cabe otra solución y sobre el particular todo el mundo está de acuerdo. Nacen más varones, pero como en ellos la mortalidad es mayor que en las mujeres, sucede que, de modo general, la población femenina es superior.

Pero ¿á qué se debe esta excesiva mortalidad en el llamado sexo fuerte? Personas maliciosas aseguran que es debido á

(1) Inglaterra, *stricto sensu*, es el país de Europa donde es menor el excedente de natalidad masculina. Hay, por lo tanto, una razón fisiológica, ó demográfica, que explica la abundancia de solteronas en el otro lado de la Mancha y el espíritu general de la novela inglesa.

sus vicios. No hay duda que algo de verdad hay en esta respuesta; nuestra existencia no está estrictamente regulada por una veneración de la higiene; un gran número de hombres mueren prematuramente por variadas intemperancias. Pero esta excesiva mortalidad masculina no se debe únicamente á los vicios. Es un hecho cierto que la mortalidad masculina es superior á la femenina en una edad en que los vicios no se han apoderado aún de nosotros, como asimismo en una edad en que el género de vida, de medio y las dificultades especiales al hombre no existen. En efecto, constantemente la mortalidad masculina es muy superior á la femenina en la edad infantil, generalmente durante los dos primeros años. Todas las enfermedades de la infancia—á excepción de la difteria y de la coqueluche,—ejercen estragos sensiblemente más elevados entre los varones que entre las hembras. De cero á cinco años el sexo masculino es muy delicado: el hombre es un animal particularmente delicado. Los hechos conducen á esta observación.

La fragilidad del hombre es una cosa cierta. Evidentemente la lleva ya desde que nace.

Mas aún. La posee antes de nacer. Esto es lo que acaba de hacernos ver G. Loisel en dos interesantes notas presentadas á la Sociedad de Biología (31 Octubre), concernientes á la viabilidad más pronunciada del sexo femenino y á las causas posibles de este fenómeno. Según el sexo, hay en el embrión diferencias notables en el peso de los órganos.

Se puede decir que el embrión femenino presenta una preponderancia de los órganos de nutrición y de epuración: los riñones, las cápsulas suprarenales, el hígado, el thymus y el corazón son más pesados que los del embrión masculino; por consiguiente, nace mejor equipado que este último. Por otra parte es

asimismo visible que la actividad de crecimiento del embrión, que al principio es más viva en el macho, disminuye rápidamente; en la hembra es menos viva al principio y se acrecienta después. Por último, si los empujones sucesivos de crecimiento del embrión son más numerosos en el macho, no parecen significar que sean más provechosos, pues que la hembra permanece más provista con sus vísceras esenciales más pesadas y capaces de efectuar más trabajo por ser fisiológicamente más perfecta.

Habría, por consiguiente, una diferencia más entre los dos sexos: un carácter sexual secundario nuevo, un rasgo de dimorfismo orgánico, que, por lo demás, estaría en perfecta conformidad con las particularidades fundamentales de los dos sexos. En todos los seres, desde el protozoo al hombre, y en ninguno de modo tan sorprendente como en los gametas, en los elementos sexuales la hembra se muestra nutritiva, absorvente, aprovisionadora, en una palabra, anabólica. Y esto está muy bien: la hembra debe poder alimentar, ó, en todo caso, formar la progenitura. El macho es activo y pródigo; gasta todo lo que gana y á menudo más de lo que gana: es catabólico. Esta noción ha sido muy bien puesta de relieve por Geddes y Thomson, en su *Evolución del sexo*, y es inútil insistir. Pero es interesante comprobar que la impresión del sexo sobre el organismo se efectúa desde que el mismo sexo se determina y que esta determinación repercute inmediatamente sobre todas sus partes.

El macho es, por tanto, más delicado que la hembra y de aquí deriva su mayor mortalidad. La hembra no tiene, evidentemente, el vigor del macho, pero posee la fuerza de resistencia pasiva. La hembra es resistente, el macho es frágil. Sería de desear poder saber si pasa lo mismo en los animales, cosa, por lo demás, muy probable. En los animales hay

otros problemas más urgentes que éste á resolver. Entre nuestros animales domésticos la población macho es superior en número. L. Cuénót lo ha hecho ver recientemente por lo que concierne á las palomas (Informes de la Academia de Ciencias, Noviembre 1900); y Reul, en su *Précis de zootechnie* da cifras referentes al caballo, al buey, al carnero, al puerco, al pavo, al ánade, etc. Únicamente que nada hay que pruebe que los animales salvajes se porten como los domésticos. Los datos son raros: no conocemos bastante la proporción de los sexos en su estado natural.

Hay también otra cuestión que conviene dilucidar: ¿las enfermedades de los órganos de resistencia vital son más raras en la mujer y en las hembras? Parece que el aparato de nutrición, particularmente, en la hembra, está menos atacado que en el macho. En sus *Estudios de biología comparada*, G. Delaunay ha demostrado que la hembra tiene más leucocitos, más thymus, más thyroide, más riñones y absorbe y consume más alimentos energéticos que el hombre; pero convendría extender estas investigaciones y comparar también la patología femenina con la masculina. Ciertos hechos son ya bastante evidentes: la mujer soporta mejor que el hombre el reposo y saca de él más provecho; está menos sujeta al insomnio y tiene mayor poder de recuperación; soporta mejor que el hombre la pérdida de sangre y mejor que él lucha contra las enfermedades largas y extenuadoras. En una palabra: tiene más tenacidad de vida. Soporta también mejor la abstinencia, come menos, pero aprovecha más lo que come, gastando menos en la actividad cotidiana. La vida parecerá menos intensa, pero es más sólida. Sus manifestaciones son menos vivas, pero el fondo es más rico, más duradero. Por esto las viejas son en mayor número que los viejos, y en todas las edades—excepción

de los diez á los quince años—la mortalidad masculina es superior á la femenina.

En total—y la opinión parecerá á algunos paradoja y heresiarca—el hombre es un organismo más delicado, menos robusto. Tiene, ciertamente, el vigor muscular, pero el vigor nutritivo no está á la altura del otro. Por naturaleza es explosivo y esto concuerda con una cierta insuficiencia de la eliminación y una tendencia marcada por los estimulantes. Su equilibrio es menos estable: el hombre suministra el máximo de idiotas, y asimismo el máximo de talentos y de genios, lo cual está de acuerdo con el hecho, puesto de relieve por Darwin, de que el hombre es más variable que la mujer. Pero también allí donde hay más variabilidad, hay menos fondo, menos equilibrio, menos resistencia general; por consiguiente, el sexo fuerte son ellas. Nosotros somos organismos delicados, frágiles, animales de textura rara, de complexión fina, infinitamente sensibles... Por lo demás parece que ya el hombre primitivo tuvo una vaga intuición de esta verdad, de la cual ruego no se saque en conclusión que hay que volver á la concepción que se hacía el hombre primitivo, y que aún se hace el hombre inferior, sea cual fuere su color, incluso el blanco, del papel y de los deberes sociales y familiares de la mujer. Los higienistas y pedagogos pueden, de todos modos, cambiar utilmente algunas de sus maneras de juzgar.



Pareciendo que, por un lado, las leyes de la herencia son para el hombre lo que para los animales, y por otro, habiendo hecho ver los ganaderos y agrónomos hasta que punto es fácil, haciendo intervenir la selección, crear razas que posean aptitudes especiales, no extrañará á nadie que los antropólogos y los sociólogos se hayan preguntado si

puede ó no ser posible mejorar también por selección la raza humana. Un escritor muy sugestivo que en sus obras pasa voluntariamente de la fantasía en apariencia más exorbitante á la filosofía más seria, H. G. Wells, el autor de *Mankind in the Making*, á su vez ha discutido esta cuestión llegando á la conclusión de que no se ve claro lo que podría hacerse, por la simple razón de que no se ve muy claramente qué tipo especial de humanidad convendría multiplicar.

Y sin embargo, la selección sexual existe, ó mejor dicho, se presenta una forma de selección sexual. Conocida es la selección sexual en general por los trabajos de Darwin, y Remy de Gourmont habla también de ella de modo muy interesante en su *Física del amor*, un título más espantoso que peligroso, dicho sea de paso. Por la forma especial de que se trata, es un trabajo que nos ha dado á conocer el excelente estado mayor de *Biometrika* (1).

El método empleado es curioso y muy ingenioso. Consiste principalmente en pasearse por los cementerios, en viejos cementerios de pequeños y vetustos lugarejos situados lejos de las ciudades, lejos de los ferrocarriles, donde la población homogénea continúa bajo tierra la fidelidad que practicaba en vida. En estos cementerios, los señores K. Pearson, Weldon, la señorita Beeton y otros, observaban en las piedras tumbales la edad de los difuntos casados: la edad del marido y la de la esposa.

De los numerosos datos recogidos se desprende que existe una correlación evidente entre las edades, ó dicho de otro modo: que en general los dos esposos mueren viejos ó mueren jóvenes. Mejor dicho aún: las cosas pasan como si hubiese habido homogamia deliberada y voluntaria, como si hubiese habido selección sexual, como si por un instinto

secreto y desconocido los individuos se hubiesen casado con su homólogo, por lo que se refiere á la vitalidad general: los fuertes con los fuertes, los medio fuertes con los medio fuertes, los débiles con los débiles. Y los «biometras» ingleses hacen ver que entre los esposos cuyas piedras tumbales les han revelado una característica vital importante, la correlación es del mismo valor que la que puede haber entre tío y sobrina ó entre primos hermanos. Existiría, por lo tanto, una homogamia muy visible, una selección sexual indiscutible, aunque sin duda inconsciente. Al casarse los individuos se ajustarian, en cierta medida, respecto la salud en general, al vigor, á la tenacidad de vida. Nos parece esto muy bueno. Observemos, de paso, que es infinitamente ventajoso tener detrás de nosotros antepasados que hayan observado esta tradición, especialmente si fueron particularmente robustos, pues que la longevidad es un carácter hereditario.

Algunos otros hechos han sido observados en el curso del estudio de *Biometrika*.

Por de pronto —y aquí la comparación se ha hecho entre las piedras tumbales de las ciudades y las de los lugarejos— la población casada rural vive mucho más tiempo. Las ciudades queman, usan la raza: los campos la reconstituyen. Verdad conocida, pero que es muy útil repetir.

En segundo lugar, es evidente que de los dos cónyuges el que saca más beneficios del matrimonio es el marido. En la condición conyugal el marido vive más viejo que la mujer. Esto puede extrañar al lector. Más arriba hemos visto, á propósito de la proporción de los sexos, que, en general, la mujer vive más que el hombre. Pero todo se explica si tomamos la sociedad en conjunto.

Los hombres casados viven más que los celibatarios y las mujeres casadas

(1) *Assortative mating in Man.*—*Biometrika*, número de Noviembre 1903.

más que las solteronas. Pero la vida de los celibatarios masculinos es tan corta comparada á la de las solteronas; es tan deplorable la suerte del hombre no casado comparado á la de la mujer no casada, que la categoría de los celibatarios masculinos basta por sí sólo para establecer la compensación en las estadísticas generales.

Tercer hecho: las uniones de edad desemejante, desproporcionada, llevan aparejado un desastroso resultado, ó por mejor decir, varios resultados, de uno de los cuales se ocupa *Biometrika*: el referente á la influencia de la edad, en las uniones de un individuo viejo con uno joven. La duración de vida del último se acorta. Evidentemente se puede suponer en el caso de una unión desproporcionada, que el marido, más viejo,

se casó con una mujer poco robusta; ó bien otra cosa: un especie de contagio por el cual la vejez aplasta á la juventud. De todos modos resulta que las uniones donde la diferencia de edad es considerable la homogamia parece que no existe, la selección sexual parece que falta, y el casado más joven no sigue las huellas del más viejo, no llega á viejo, muere prematuramente, por lo ménos comparadas con las parejas homogamas.

La diferencia de edad ejerce una influencia deteriorante sobre la vitalidad del más joven en la unión. Estas uniones valen poco para la especie. Son también de pésimos resultados para el individuo, sobre todo para el individuo que presenta aún algún valor para la especie. Tales son las enseñanzas que se desprenden de la Biometría.

(Del *Temps*, París, Diciembre, 1903).

Raul

Decadencia del anarquismo

II

Jamás el anarquismo había logrado un éxito semejante al que siguió á la generalización de sus principios. Salió la propaganda del cenáculo de los creyentes extendiéndose en revistas y libros á todas las clases sociales, y ahora mismo la literatura anarquista goza gran favor entre las gentes.

Verdad que con la difusión de la propaganda han venido á las filas del anarquismo muchos *vivos* que ven en esta doctrina ó un buen instrumento de pesca ó el medio mágico de llamar sobre ellos la atención ó bien la satisfacción de ambiciones no lograda en otras partes. Verdad que entre los antiguos compañeros ha habido defecciones, inconsecuencias, hasta verdaderas traiciones. Elementos de acarreo unos y otros, han sido arrastrados ó bien hacia nosotros ó

bien fuera de nosotros. A la hora presente son más temibles los *aristócratas*, los *intelectuales*, los *vanidosos* del anarismo, congregados ó disgregados de nosotros, que aquellos otros impregnados del aguardiente revolucionario de las tabernas, de que habla Marestan; son más temibles porque no sienten la idea, en todo caso, más que para sí, exclusivamente para sí, y para sí mismos trabajan, en el necio afán de destacarse de la multitud, que no para la real emancipación de todos y cada uno de los hombres.

La cobardía humana, excitada en el periodo del terror, no fué exclusiva de la burguesía. Para muchos anarquistas fué la piedra de toque que puso de relieve ó su borrachera jacobina ó su atávico misticismo cristiano. Y en la quiebra de

la fe jurada quedaron al descubierto todas las mezquindades y pobreza, todas las supercherías, todas las debilidades, todas las bajas pasiones, ignoradas hasta entonces. En este ambiente de depresión moral corre por cierto peligro de ahogarse el anarquismo como fuerza y como colectividad más ó menos definida. La petulancia de los oradores de oficio, las dictaduras no disimuladas ejercidas por los conspicuos de la prensa, las pequeñas capillas laborando por intereses mezquinos, los pugilatos del exclusivismo nos han traído á un periodo crítico que reclama á grandas voces un esfuerzo poderoso de cuantos sienten hondamente la libertad, en pró de la rehabilitación plena del ideal.

Hemos visto á algunos antiguos camaradas dejarse adorar por las masas, desvanecerse con el incienso del aplauso. Hemos visto á otros monopolizando la anarquía, hablando *ex cathedra* á nombre del anarquismo como verdaderos jefes; unos y otros, rodeados de camarillas de amigos que los informaban y que realmente los dirigían, han hecho como los reyes constitucionales que, no viendo sino aquello que sus magnates les dejaban ver, se ingreñan ufanos en la creencia de obrar el bien de su pueblo. Hemos visto... ¿á qué continuar?

El mal no está todo en el tolstoismo, en el naturismo, etc. Estas particularidades del anarquismo, si son sinceramente sentidas, son también inocentes, incidencias pasajeras muy naturales dentro de una doctrina ampliamente libertaria. El mal más bien proviene de que se oculte tras esos *ismos* la cobardía del creyente ó la bajeza del ambicioso ó las tretas de las gentes sin escrúpulos y sin conciencia. Lo hemos dicho en otra parte; la hora en que quiebran las creencias es también la hora en que se conoce á todos los defraudadores.

En este momento de crisis la acción del anarquismo está como amortiguada

á fuerza de ser diluída en una porción de distingos pueriles. Pero la idea queda definida siempre, precisa y clara.

Si después de un periodo de afirmaciones formuladas en Congresos, periódicos y libros, el anarquismo *se niega á tomar una dirección* (más bien hubiérase dicho á marcar, á imprimir, á imponer) y *parece tender á que cada cual conserve la libertad de poder obrar según las circunstancias, los medios y su temperamento*, es porque se había *decidido, acordado, impuesto* demasiado. Entonces, precisamente, es cuando el anarquismo recaba todo el imperio de su lógica. Entonces también fracasan los intentos de Congresos, los acuerdos, las deliberaciones y queda la doctrina á la libre interpretación del individuo.

Claro que esta circunstancia facilita el asalto de las ambiciones. Pero ¿acaso la evolución de una idea va á detenerse por incidencias semejantes?

El método seguido desde el nacimiento del anarquismo hasta el Congreso de Londres (1881) ha sido totalmente abandonado: esto es todo. Si en estos momentos hay evidente desorientación y de ella se aprovechan los que quieren trepar por la escalera del éxito personal, lo que se impone es simplemente la adopción de un nuevo método, no según las deliberaciones y acuerdos de una asamblea, sino mediante la concordancia seriada de los individuos y de los grupos conformes en una acción determinada.

Somos partidarios de que se rompan de una vez todos los lazos de ficticia solidaridad, porque ellos nos tienen atados de pies y manos y á merced de la horda de advenedizos que hacen del anarquismo trampolín de sus mezquindades. Y porque cuando se quiere hacer algo y se juzga útil estar unidos no se puede ir á la vez á derecha é izquierda y es indispensable concertarse á fin de saber á donde se vá, pensamos que de la ruptura de esos lazos surgirá la alianza amplia,

deberá surgir la alianza amplia de cuantos desean la instauración de un medio social totalmente favorable al desarrollo de la libertad, capaz de todos los métodos de cooperación y eficazmente apto á la realización de todas las iniciativas.

¿Qué hace falta para ello? En primer término aclarar las diferencias viendo lo que queda de común entre nosotros. Quien juzgara por las apariencias, diría que muy poco; en realidad queda mucho.

Ciertamente que si un Congreso pudo acordar la sustitución de la palabra *comunismo* á la de *colectivismo*, quedan sin embargo muchos anarquistas que no son comunistas; que si la gran mayoría de aquéllos es comunista, verdad también que el comunismo meridional no es lo mismo que el comunismo del norte, que el comunismo de Malatesta no es igual al comunismo de Kropotkin; y después vienen aun los que no quieren ninguna clase de adjetivos que son casi todos los anarquistas españoles y además los que, ganosos de dar de mano á todas las diferencias, se denominan socialistas anarquistas y no aceptan del todo cualquier doctrina cerrada. Mas en todo ello, ¿qué hay? Cuestiones de detalle. Todos afirman un método de cooperación libre fundado en iguales bases. Pues sobre este método común puede establecerse la alianza doctrinal. Tienen en los partidos políticos sus adeptos ciertas materias reservadas á su libre opinión, ¿y queríamos nosotros, los anarquistas, establecer una identidad absoluta de opiniones?

Otro extremo sobre el que sería necesario entenderse es el de la tan debatida *propaganda por el hecho*. Nuestras diferencias provienen del fanatismo jacobino, del empeño en reducir aquélla á los actos violentos. Ignoramos el sentido que el iniciador de esta fórmula y el Congreso que la aceptó quisieron darla.

Pero para nosotros la propaganda por el hecho, para ser realmente extensión de la propaganda teórica, no puede ser sino referida á la conducta general del individuo ó de la colectividad, á aquel modo ó aquellos modos de proceder que establecen entre los hechos, entre la conducta individual ó colectiva, y las ideas, las relaciones de educación, sin las cuales se vive perpetuamente contradiciéndose. Que la rebeldía es consecuencia inmediata de nuestras ideas, ¿quién lo duda? Que la acción revolucionaria es la única aceptada por el anarquismo ¿quién podrá negarlo? Pero es la forma, siempre la forma, la que produce litigios. Creer que la serie de atentados que enumera Marestan son perfectamente coordinados con la idea anarquista ya es mucho aventurar. Así él, cayendo en el mismo error de nuestros adversarios, allí donde halla un atentado, un hecho violento, encuentra también un acto anarquista ó inspirado por el anarquismo. Y no obstante, ninguno de los atentados dirigidos contra Alfonso XII fué ni anarquista ni inspirado por el anarquismo, puesto que en sus autores no se descubrió la menor relación con tales elementos ni influencia alguna de tales ideas. La explicación de ciertos sucesos no supone de ningún modo su justificación, menos aun el que se los adopte como procedimiento único ó simultáneo con los de otra índole. Es menester que no seamos nosotros auxiliares de la corriente de opinión que tiene por sinónimos dinamitero y anarquista.

Sí, pues, recabamos para la doctrina la mayor amplitud, en la cuestión de táctica las líneas generales del acuerdo han de ser más espaciadas aún, de tal modo que imposibiliten esas concreciones particularistas que llevan derechamente al fanatismo.

¿Cabe, en este supuesto, unir todas las fuerzas anarquistas sobre una base de inteligencia común muy amplia,

comprendiendo á la vez una filosofía, un fin determinado y modos de acción social?

La respuesta á esta interrogación que se hace Marestan, será el objeto de nuestro próximo y último artículo.

Donato Luben

Capciosidades

A la hora de ahora, el mundo humano, empachado de fórmulas vacías y de torpes ficciones seculares, tiene la mentalidad pervertida.

Aquí, en el tremendo maremagnum social en que nos devanamos los sesos, todo parece como agostado en los vergonzosos marasmos del egoísmo y de la precariedad intelectual. El sentido legal ha matado en la pervertida conciencia humana toda noción de justicia y todo afecto de amorosa fraternidad. Se cree en los grandes absurdos dogmáticos del deísmo, y se duda de las salvadoras verdades reveladas por la ciencia y por la sociología.

Para que se mantengan enhiesta, endiosados y triunfantes, la tiranía y el privilegio, es preciso que la infamia perdure y se entronice, y que el mundo humano viva infeliz, vejado y estrujado, balanceándose perpétuamente en los limbos espirituales del error y del espejismo.

Al efecto, la sutil habilidad sofística de los más conspicuos defensores del actual orden de cosas, contando, desde luego, con la extremada precariedad intelectual y moral en que generalmente suele desenvolverse la triste vida de los hombres del trabajo, procura desfigurar las verdades más evidentes falseando, con intención aviesa, la marcha regular de los proceros de la historia en el desarrollo del derecho social y tergiversándolo todo en los sutiles dislocamientos del sofisma y de la capciosidad.

La mentira, la cábala y el geroglífico, constituyen la esencia sin esencia del

derecho burgués. Todas las vigentes legalidades tienen por único sustentáculo el error y la parcialidad. Un chamarileo vergonzoso y rapaz, regula aquí todos los actos de la vida social. Se miente para triunfar, para vivir á costa del trabajo ajeno; se miente para acaparar riquezas, para ejercer dominio posesivo sobre hombres y sobre cosas; se miente, en fin, para elevarse y hasta para asaltar las cumbres del poder soberano. Por eso, la mentira, ingeniosa y aleve, lo envenena aquí todo, ejerciendo omnipotente su imperio sobre la sociedad entera y verdadera...

Siendo, pues, la mentira el medio *natural* en que se desenvuelve la existencia social, claro está que todo cuanto nos rodea debe estar y está saturado por ella.

El sofisma, correctamente silogizado, constituye la clave del gran saber mesocrático.

Y si no, veámoslo. — Sabido es que el origen de la civilización, parte de la explotación del hombre por el hombre. Es esta una verdad histórica que nadie puede negar y que jamás negaremos nosotros, los socialistas conscientes, porque estamos firme y profundamente persuadidos de que, sin la existencia de la esclavitud antigua, diga lo que quiera en contrario la inconsciencia altruista, jamás hubiera llegado el hombre á vislumbrar la época feliz de su actual engrandecimiento y de su futura liberación absoluta.

Cierto es, por tanto, de toda evidente certitud irrefragable, que toda la civilización que nos rodea arranca directa-

mente de la esclavitud primitiva y que todo progreso moral y material es debido en un todo á la explotación del hombre por el hombre. Sabemos muy bien que sin la existencia del paria, del ilota, del esclavo y del siefvo, jamás hubiéramos llegado al magnífico estado de florecimiento progresivo que al presente nos circunda. — No puede, pues, negarse que hubo una larga época histórica en la cual, la existencia de los esclavizadores, de los guerreros y de los tiranos materiales ó espirituales de la Humanidad, fué necesaria y hasta provechosa para promover todo ulterior progreso, bienestar, selección y regeneración entre los humanos.

Pero el hecho evidente, tan evidente como se quiera, de que la base histórica y cronológica de la civilización, haya sido la esclavitud, ¿quiere decir, como los honorables defensores del régimen capitalista pretenden, que la esclavitud, bajo unas ú otras formas, deba ser el eterno fundamento legal de todas las sociedades humanas habidas y por haber?

¿Es que, por desgracia nuestra, no están erróneamente equivocados cuantos afirman que en el mundo siempre ha habido y siempre habrá ricos y pobres?

¡Claro está que sí!...

Pretender, cual pretenden los sabios del capitalismo, que la sociedad, porque en un principio se vió, fatal é indeclinablemente, obligada á levantar los fundamentos de su presente grandeza sobre la explotación del hombre por el hombre, ha de continuar eternamente sumida en las tristes miserias de la explotación y de la tiranía, es el mayor y más craso de los absurdos en que pudiera incurrirse; ya que, si la esclavitud pudo ser beneficiosa en la infancia de la sociedad para promover el engrandecimiento del mundo y la regeneración de los hombres, hoy día, cuando el progreso ha conse-

guido redimirnos humanizando la conciencia universal, la explotación del hombre por el hombre no tiene razón lógica de ser, pues que resulta un tremendo obstáculo que se opone tenazmente á que la civilización, la paz y la armonía, se realicen en el orden social con toda la benéfica intensidad exuberante que fuera de desear.

Cierto es, sí, que la esclavitud constituyó la base histórica de la sociedad; evidente de toda racional evidencia resulta la afirmación burguesa de que la explotación del hombre por el hombre fué el origen de todo progreso, engrandecimiento y bienestar social; pero esto, ciertamente, no quiere decir que la esclavitud y la explotación del hombre por el hombre, deban perdurar en el orden social eternamente, porque semejante pretensión absurda, de ser cierta, que, desde luego, no lo es, daría al traste con todo ideal humano de justicia y acabaría por producir en lo futuro, el estancamiento y el marasmo de todo progreso, libertad, civilización, paz y ventura...

Conviene, pues, dejar aquí bien sentados los términos precisos de cuestión tan de suyo delicada y compleja, y á eso vamos sin más disposiciones.

No entra en nuestros propósitos engolfarnos en la averiguación de lo que la sociedad pudo ser y fué, realmente, en sus orígenes; sabemos muy bien que su base histórica fué la esclavitud que, á través de los siglos pasados, ha venido desarrollándose sobre la explotación del hombre por el hombre. Más esto no empece para que declaremos falsa de toda evidente falsedad la concepción burguesa de que la sociedad, como tiene por fundamento histórico la esclavitud y se ha venido desarrollando á través del tiempo y del espacio sobre la explotación del hombre por el hombre, haya de vivir siempre, eterna y fatalmente siempre,

basada sobre semejantes principios fundamentales de derecho injusto y de tiránica opresión.

No, eso no puede ser; el mundo progresa y de cada día se humanizan más y más sus fuentes de derecho. Esto, como es natural, nos llevará al fin á la redención de todos los humanos por la proclamación de la igualdad social y la abolición del privilegio de clases.

Lo que ayer, en el estado caótico de la sociedad, pudo ser útil al fomento de la selección humana, resulta hoy notoriamente perjudicial y habrá necesidad imperiosa de suprimirlo en el paulatino evolucionar constante de eliminaciones selectivas más ó menos violentas.

El proceso histórico que comenzó basándose en la esclavitud de la gran masa trabajadora por una minoría más ó menos selecta, compuesta de privilegiados, tiranos y acaparadores, á la hora de ahora, encamínase derechamente hacia la supresión de toda dependencia humana, política, económica y socialmente hablando.

No; digan lo que quieran los honorables *sabios oficiales*, la esclavitud, no por más disimulada, menos real y positiva, á que viven reducidos los modernos parias del salario, en el presente momento histórico supone y es, efectivamente, un gran obstáculo, un obstáculo tremendo que se opone tenazmente al progreso total de la sociedad y hace punto menos que imposible la vida de relación entre los hombres.

En los tiempos pasados, cuando el hombre acababa de salir del grosero ovario de su primitiva animalidad, la esclavitud pudo ser y fué, efectivamente, beneficiosa al fomento de la prosperidad del género humano; más al presente, cuando la evolución histórica de la sociedad, ha llegado al cénit de su apogeo más sorprendente y civilizado, toda dependencia, tiranía ó explotación del hombre por el hombre, supone un tremendo obstáculo antisocial y trastornador que sólo puede producir entre los hombres hondas perturbaciones, odios terribles y conflictos violentos.

Nada ganarán, pues, los ilustres tergiversadores de la verdad y de la justicia, con empeñarse en hilar sutiles capciosidades é ingeniosos sofismas, ya que resulta evidente, de una evidencia meridiana é incontestable, que la justicia, la igualdad, la paz y la libertad, no han de buscarse en los nebulosos orígenes de la sociedad humana, sino en su porvenir. Que si es cierto que la civilización arranca de la barbarie, de la desigualdad, de la guerra y de la violencia, nadie puede negar, en cambio, con lógico fundamento, se entiende, que la civilización marcha en línea recta, de progreso en progreso, de triunfo en triunfo, en perenne ascensión gloriosa, hacia la justicia, la igualdad, la paz y la libertad en que habrán de engolfarse, para convivir felices, los dichosos *supra-hombres* del porvenir redimido...

Pellico

Ciencia y Naturaleza

He aquí la fórmula verdadera, la única que subsistirá siempre, la que no puede engañarnos, la que emancipa y emancipará la humanidad entera.

Naturaleza sin ciencia, es como un libro abierto ante un analfabeto.

Ciencia sin naturaleza es un absurdo

tan monstruoso, que no tiene ningún sentido.

Podríamos decir que Ciencia lo abarca todo, porque es la verdad, y la verdad sólo se halla en la naturaleza.

Pero hemos de hacer concesión al estado intelectual de nuestra época, por-

que el progreso científico es enormísimo, y, sin embargo, para nada se tiene en cuenta la naturaleza.

Sabemos muchas verdades, pero no vivimos conforme las leyes naturales. Contrasentido que no debemos achacar ni á la naturaleza ni á la ciencia, sino á la gran falange popular ignorante de la verdad, y en la cual se apoya la tiranía que imposibilita el triunfo de la ciencia.

Por esto es que adoptamos el lema de *Ciencia y Naturaleza*; esto es: la ciencia práctica, á beneficio de todos; ó mejor dicho, el goce amplio, sin reservas ni prejuicios, de la naturaleza, con la ilustración necesaria para comprenderla.

Porque de la naturaleza podrían gozar con toda su esplendidez las primeras sociedades humanas, y, sin embargo, no la disfrutaban con el deleite supremo que ofrece á los que la comprenden, precisamente porque no sabían entenderla, y aun la temían, y la imputaban males y veleidades cual si fuera degenerada hembra.

Así se han perpetuado groserías y estupideces capaces de obsesionar toda razón, achicar toda energía y atrofiar todo natural sentimiento.

Así le ha costado tanto abrirse paso la verdad, esto es, la ciencia, que hasta ahora, puede decirse, no viene á concentrarse en una síntesis maravillosa, tras improba labor parcial y analítica, recogiendo millones de dispersos materiales para edificar la gran obra de la Verdad única, que es la Naturaleza comprendida y abierta para todos los seres humanos que saben leerla y entenderla correctamente.

Así, pues, para los que miran alto, para los verdaderos amantes de la emancipación humana, no hay trabajo más loable, más recto, más eficaz, más revolucionario, que el de hacer llegar á las masas populares, á todos los individuos, la Ciencia, las verdades demostradas, el amor á las leyes naturales, al goce de

la naturaleza, puesto que Natura es Ciencia, Ciencia es Natura, y es Verdad, y es Belleza, y es Arte, y es la sublimidad de la Vida.

En la falta de conceptos claros, como la luz meridiana, de todas las cosas, en la semi-ilustración de muchos, y en la ignorancia de los más, campean un sin fin de filosofías, de sistemas, de ideales, que confunden, perturban y desvían á las multitudes; y así las vemos dirigirse tan pronto hacia una parte, como de repente van á la contraria; ora se aquietan indecisas, ora se precipitan al despeñadero, cual torrente que un genio poderoso alterara caprichosamente su curso, abriéndole cauces infinitos, sin dirección natural y fija.

De este modo se explican los movimientos rarísimos de la sociedad humana, que, á pesar de las enseñanzas de los buenos, cual si fuese indocta, inexperta niña, se encanta fácilmente ante cualquier brillante juguete, olvidándose hasta de sus primordiales necesidades.

Fáltale, pues, instrucción clara y perfecta de las cosas; la ciencia no ha arraigado en su cerebro. Es menester luego que los que sepan la instruyan debidamente, sin metafísicas, sin conceptos embrolladores, sin figuras inadecuadas, sin calificativos impropios; sino la verdad en toda su magnífica sencillez.

Influye notablemente el sistema pedagógico: tanto que en las escuelas de todos los países, aun enseñando verdades algunas veces, yacen envueltas en tal enmarañada madeja de tonterías ó de mentiras, que sólo se fijan en la mente quimeras y absurdos, y la verdad queda ofuscada.

Lo mismo pasa en lo que podemos llamar *aspiraciones populares*.

Es innegable que el pueblo es capaz de comprender bien las verdades sencillamente expuestas y demostradas; pero sea por el interés de clase en unos, por preocupaciones de los otros, por fanatis-

mos sectarios en aquéllos, que se pagan más de cláusulas y sistemas que del fondo real de las cosas, lo cierto es que se solidan y fortalecen partidos y escuelas intransigentes, cerrados á toda conveniencia y á toda enseñanza práctica de la verdad, ó ya dejando el ánimo suspenso é inquieto, sin orientación clara, cual buque sin brújula ni gobernalte, que se mueve á impulso de la marea ó del viento dominante.

Y mientras no se vaya al fondo; mientras no se adopte el procedimiento científico de enseñanza, no arraigaré la positiva verdad y no será un hecho la emancipación humana.

Se dice que si hubiéramos de esperar esa instrucción social, nunca llegaríamos á alcanzar ese estado libre del hombre, por ser casi imposible lograrlo. Y, sin embargo, es axiomático que sólo quien se emancipa de todo error puede ser libre; y que por la ignorancia de los más es que se mantiene la tiranía contra todos.

Entonces para verificarse la evolución ó revolución emancipadora es menester que la luz de la verdad penetre en todos los cerebros, aunque ello no sea en absoluto, que los absolutos son absurdidades, sino en la proporción bastante determinativa para hacerla preponderante.

Toda la historia humana enseña cuán innumerables esfuerzos y sacrificios han sido estériles, porque á toda concepción progresista se ha adjuntado enormidad de prejuicios. Y no podía dejar de haberlos, porque la ciencia no había adquirido el actual desarrollo; se habían descubierto modos verídicos, parte de la verdad; pero no la verdad entera, ó al menos al punto sintético que hoy ha alcanzado.

No es, pues, ya una gran cosa exponer al pueblo los primordiales principios científicos suficientes para emanciparle de los errores funestos que le confunden; pero para que se le haga libre, firme en

la verdad, no se le haga doctrinario, sistemático, partidista, esclavo del *mot d'ordre* sectario, que se le separe de otros por la forma y no por el fondo, y se le distinga y se le distancie de quien quiere lo mismo, haciendo de esta suerte que nunca se llegue á la congregación armónica de todos los amantes de la verdad, de todos los emancipados del error, para proclamar la plenitud del ser en la libre humanidad.

Creo innecesario manifestar que no es mi pretensión que la enseñanza de la ciencia se haga á modo universitario, abarcando todos los conocimientos humanos, cosa fuera de lugar aquí, puesto que se trata de la ciencia aplicada á la sociedad, esto es, á la parte de ella, que se denomina *sociología*.

Ella nos da la verdad de la naturaleza, del régimen social adecuado á las leyes naturales, los principios exactos para vivir bien y libremente, como para lograr esa libertad y goce natural.

No hay más que seguir los consejos de la ciencia, pues, para marchar rectos á nuestra liberación, porque son lógicos, son axiomáticos, son basados en la verdad, y como tal sencilla y bien comprensible á todos.

No me propongo desarrollar el tema sino, como queda referido, indicar la necesidad de que los ya experimentados adopten el procedimiento científico para explicar la ciencia al pueblo, con prescindencia de toda escuela filosófica ó partidista: puramente ciencia; esto es, verdad.

Y en este sentido me adhiero á NATURA, porque esta publicación proclama lo mismo que acabo de exponer.

Magníficos ideales se han abierto paso, han obtenido estruendoso éxito, y, sin embargo se han derrumbado, aun antes de lograr su implantación.

Sólo la Ciencia sigue su marcha victoriosa, cada vez más grande, más cautivadora, más poderosa. Ante ella caen

innumerables doctrinas y programas que parecían fortalezas inatacables.

Sólo ella es la Verdad, la Libertad.

Popularicemos la Ciencia, pues, y con ella seremos fuertes, irreductibles, y alcanzaremos la emancipación completa.

Buenos Afres, Diciembre de 1903.

R. Mella

Valor social de Leyes y Autoridades

He leído y releído el libro del Sr. Dorado cuyo título encabeza estas líneas y si he visto en él una tendencia política no acerté á encontrar una demostración científica.

Es ciertamente el Sr. Dorado un escritor sincero. Sus obras rompen con los prejuicios corrientes. Pero como innovador es demasiado esclavo de los hechos ó poco resuelto ante las osadías del pensamiento revolucionario. La dogmática científica, y valga la paradoja, castra su mentalidad y malpara su lógica. Así su último libro, sin duda muy notable, es un simple compendio ó de autoritarismo decadente ó de anarquismo anémico.

Prescindo de la literatura del libro y busco en el texto y en las notas, que literalmente lo ahogan, una orientación definida basada en un método claro y preciso. Y no obstante la sistematización científica adoptada por el autor, dijérase que, anonadado por la multitud de hechos contradictorios que le salen al paso, pierde la brújula y tan pronto hace rumbo al naciente como al poniente. Allá, al final, se vislumbra, sin embargo, el ansia de un alma noble, el pensamiento de una mente sincera, por la libertad, por la paz y por el bienestar de los humanos. ¡Lástima que el señor Dorado vacile en el resto del libro! ¡Lástima que se entregue al ejercicio de equilibrios peligrosos! Tal vez el bagaje de prolijos estudios, de múltiples lecturas, del comercio frecuente con publicistas de ideas y sentimientos demasiado burgueses, acallan en el Sr. Dorado aquellos otros sentimientos é ideas

propias que le llevarían derechamente á la afirmación de toda la libertad.

Solicitado constantemente por la derecha y por la izquierda, ¿de qué lado caerá, al fin, el Sr. Dorado?

Haremos algunas observaciones.

El determinismo absoluto á que se muestra inclinado el autor de «Valor Social de Leyes y Autoridades» es impropio de un hombre y de un método verdaderamente científicos. De que todo en el universo esté probablemente sometido á la causalidad, no cabe inducir aquel fatalismo que quiere convertirnos en muñecos de cartón obedientes al cordelillo que transmite impulsos ajenos. El hombre, en todo caso, es también una causa y como tal obra ó se comporta como si obrara por sí mismo, lo que es igual ya que no podemos revasar la línea de los fenómenos de la existencia.

Si las grandes reservas con que el señor Dorado emite sus opiniones fueran hechas en firme, hubiera andado con más tino al escribir aquello de «si es que puede decirse que, en realidad, el individuo existe» para venir luego á la afirmación de que «la individual (toda individualidad) se borra y se disuelve en el océano inmenso de las causas de que es un resultado.» Ello es contradictorio puesto que, si acaso, son los resultados la única cosa realmente tangible para nuestro entendimiento. Toda individualidad es una coordinación, y si la individualidad humana se borrara, se disolviera, no siendo la sociedad sino el hecho

de hallarse sus elementos componentes los unos en presencia de los otros, todo lo más una coordinación también, la sociedad no existiría.

La sentencia «el individuo es una *fictio mentalis* igual á la ficción del átomo,» está bien lejos de ser exacta. El individuo hombre es algo palpable, limitado en el tiempo y en el espacio como cuerpo; es algo concreto, definido y consciente, moral y psicológicamente; aun cuando no sea idéntico á sí propio—y esto de la identidad sí que es ficción—en dos instantes de su vida por cercanos que estén; la continuidad de su existencia física y anímica nos lo muestra como realidad sólo negable por la ultra-metafísica de ciencias que lloran un pasado muerto.

Parécenos, pues, tiempo perdido el dedicado á averiguar si el hombre ha creado á la sociedad ó aquél ha llegado á ser tal dentro de la sociedad. Cualesquiera que sean los resultados de las investigaciones practicadas, la coexistencia se impondrá como corolario final. Es probable que, como sostiene el señor Dorado, no haya existido un estado de nomadismo individual, que los hombres no se hayan asociado en ningún momento preciso y que, por tanto, sea inadmisibile la hipótesis de un contrato social. En cualquier estado de la humanidad, el individuo y el grupo (sociedad en mayor ó menor grado) son hechos coexistentes por la sencilla razón de que fuera de todas las fábricas de filosofía, fuera de todo prejuicio científico, la sociedad estuvo, está y estará constituida, lo repetimos, por el simple hecho de hallarse los individuos, más ó menos, los unos en presencia de los otros. Tales son los hechos reducidos á su expresión más sencilla. Las formas son cosa transitoria, eventual, producto de las necesidades fisiológicas y mentales, de la simpatía, de las ideas, que cambian en el tiempo. Son, en fin, concreciones par-

ticulares de agrupación que aunque desaparecieran en un momento dado y por completo, no por ello desaparecería la sociedad como no dejara de existir al mismo tiempo el individuo.



El Sr. Dorado en el largo y minucioso estudio que hace de las leyes, afirma que éstas llegan á convertirse en instrumento de progreso y que ellas nos van preparando para la libertad, para la cooperación voluntaria.

Su razonamiento es, en síntesis, como sigue: al principio los hombres se arreglan y se entienden por simples costumbres ó por convenios tácitos ó expresos; más tarde surge, por A ó por B, el jefe que dicta leyes para consagrar las costumbres. Después los buenos pastores del rebaño humano legislan ya entrometiéndose en todo aquello para que no fueron llamados, y así la ley se convierte en instrumento de opresión. Entonces, por tales ó cuales motivos, comienza la lucha entre gobernados y gobernantes y aquéllos obligan á éstos á ir introduciendo modificaciones convenientes (¿lo que se llama conquistas democráticas?) hasta que la ley deja de ser santa tradición, mandato de un superior y se convierte en obra y patrimonio común de todos los hombres. Así, es la ley la que sirve de acicate al progreso, pues que no está formada sino por las concesiones sucesivas que la autoridad se vé obligada á hacer á los ciudadanos. Así mismo es la ley la que nos va habituando al ejercicio de cuanto es necesario á la vida común. Lo que se impone primero por la fuerza, se acepta luego voluntariamente, se lo practica por modo espontáneo y, al cabo, todos obramos como si la ley no existiera. Por este proceso de domesticación es como cree el Sr. Dorado que llegaremos á pasarnos sin la tutela de la autoridad. También él piensa que hay necesidad de esperar á que nos hagamos mayores de edad.

El argumento no nos convence, no convencerá á nadie. En cuanto á la primera parte tanto valdría sostener que ligando las piernas á un individuo se favorecía sus facultades de locomoción porque debido á los esfuerzos hechos para andar aflojaba poco á poco las ligaras hasta lograr romperlas. Y ello sin contar que, á mucho durar el atadero, cuando fuese roto, los miembros podrían haber perdido en todo, y es seguro que en parte, sus aptitudes para la locomoción.

El instrumento de progreso ha sido y es la rebeldía individual, no la ley. Las modificaciones de ésta son consecuencia de aquélla; luego el Sr. Dorado pone el efecto en lugar de la causa.

Y en todo caso la ley sería un instrumento de progreso demasiado caro. Supone el sacrificio de millares de vidas humanas, raudales de sangre, sufrimientos innúmeros para que cause estado legalmente aquello que en la realidad ha pasado casi siempre á segundo término para dejar espacio á nuevas costumbres, expresión de nuevas necesidades.

Respecto á la segunda parte haremos observar únicamente que supone en la ley un espíritu de justicia, ó de *ajustamiento*, como quiere el Sr. Dorado, que dista mucho de tener. ¿No es más bien la ley la que hace que perduren en nosotros los hábitos guerreros, el espíritu de venganza, el sentimiento de la desigualdad, etc., etc.? Todo progreso—es claro como la luz meridiana—se cumple fuera de la ley y contra la ley, como que ella es siempre fruto del antagonismo de intereses sin el cual no existiría.

Podríamos abonar cuanto decimos con palabras del mismo Sr. Dorado.



A los males que de la autoridad y la ley se derivan, no halla el Sr. Dorado otro remedio que la intervención de la Ciencia y la aplicación del referendun. Digamos, en justicia, que esto último no lo afirma sino en medio de graves dudas.

Esta parte del libro vale bien todo el resto, lo que le precede y lo que le sigue. El Sr. Dorado reconoce que se está en un callejón sin salida.

La intervención de la ciencia, la legislación informada por los técnicos á medio de su ideado Instituto, ¿qué podría ofrecernos? ¡Desdichados de nosotros si cayéramos en manos de la fatuidad de los sabios, de los académicos, con su crueldad de experimentadores y su frialdad de ejecutantes! La pseudo ciencia, aferrada á la pretendida ley de Malthus, impondría al obrero la abstinencia ó la masturbación, á la obrera el comercio de su carne; ganada por el economismo, condenaría al trabajador al automatismo bestial que implica una tarea insignificante repetida segundo por segundo durante toda una vida; sometida al absolutismo de la lucha por la existencia, decretaría tranquilamente el sacrificio cotidiano de millares de hombres en beneficio de unos cuantos privilegiados, los supuestos más fuertes y mejor dotados, en realidad gente astuta sin escrúlos y sin conciencia. El gobierno de los técnicos es el último refugio del despotismo, tan malo ó peor que el de los profesionales políticos.

¡En guardia, obreros, contra este postrer baluarte que la vanidad del saber ¡pobre saber! levanta al autoritarismo y á la ley!



Terminemos, que nos llevaría demasiado lejos el exámen minucioso de este libro.

El Dr. Dorado establece que la evolución humana comienza por la libertad individual, pasa por el autoritarismo y vuelve ó concluye en la libertad misma. Hacemos gracia al lector de los distinguos que á medio de adjetivos más ó menos apropiados se hacen para explicar el tránsito de la libertad *salvage* á la subordinación á la ley y de ésta á la libertad *racional*.

Con simples palabras nada se aclara ni nada se prueba. ¿Es para el Sr. Dorado la evolución humana un círculo cuyo perímetro han de recorrer los hombres retornando constantemente al punto de partida?

Ciertas afirmaciones sólo se explican por la necesidad de encerrar en una hipótesis previa, en una preocupación, tan

científica como se quiera, hechos y cosas que pugnan de verse juntos.

Las grandes síntesis son frecuentemente las grandes mentiras.

Y el que quiera mejores pruebas de cuanto decimos que lea «Valor Social de Leyes y Autoridades» cuyo autor es el profesor de la Universidad de Salamanca D. Pedro Dorado.

Pablo Adam

Fragmento

«...Por de pronto, es necesario que los colegiales de nuestros días renuncien á la esperanza de crearse una carrera en las artes. El talento, tan raro hace veinticinco años, se ha convertido en banal. Los salones rebosan de telas bien pintadas y las librerías de excelentes libros. Si se comparan las gacetas del año 1860 con nuestros periódicos de la mañana, la pobreza de espíritu que dirigía las castas inteligentes de entonces resalta de modo lamentable ante las seis páginas de nuestros diarios. En medio de este aflujo del genio nacional, la crítica se aloca y renuncia á su tarea; no discute, enumera. Dentro de poco los pintores encuadrarán sus paisajes, preferibles á los de Diaz y de Daubigny, en los armarios-espejos á fin de poder venderlos al precio del mueble. Los mejores pintores se ejercen ya en ello. Como obras maestras, los escultores exponen en el Campo de Marte, camas, mesas, sillones, vasijas y platos. El arte se confunde, afortunadamente, con la labor del obrero. Es el resultado de un inmenso progreso debido á la vitalidad maravillosa del espíritu contemporáneo. ¿Qué puede hacer un debutante ahogado entre esta multitud? ¿Escribirá un libro para contarnos una historia sentimental parecida á tantas otras, cuando todos los temas están agotados, y únicamente la suerte, el golpe de la afortunada suerte, puede que haga circular su mercancía? Es aventurarse demasiado. Y si

se esfuerza para construir una obra suya, verdaderamente suya por la belleza, la hará tan personal que únicamente interesará á una cincuentena de almas intelectualmente hermanas. Esto le producirá el silencio y el fracaso.

Dentro de poco el talento artístico no favorecerá lo más mínimo la suerte de los jóvenes impulsados por su individualidad.

El funcionarismo, la magistratura y el ejército satisfacían las ambiciones de antaño. Por las ventajas materiales que conceden á sus participantes, más vale no mentar la penosa existencia de un capitán casado y con hijos. Trescientos francos mensuales no bastarán nunca para satisfacer las necesidades de higiene ni las necesidades intelectuales de suscripciones á diversas publicaciones que son indispensables á la existencia de todo aquel que piensa un poco.

Creo que la mayor parte de nuestros hijos no gozarán jamás de una fortuna considerable cuando lleguen á su mayor edad. Hasta entonces, acaso se pueda ofrecerles esta comodidad que da el gusto de las cosas bellas, de la limpieza, de los alimentos sanos; pero cuando lleguen á los veinte años se hallarán deseosos de ganar lo que cuesta esta comodidad y el Estado paga muy mal á los que sacrificaron toda una infancia, toda una adolescencia en los infiernos de los institutos á fin de poder servirle útilmente...»

(Extracto del prefacio al libro de P. Blancarnoux, *Du choix d' une Carrière Industrielle*.)

Recibido: De la casa editora Antonio López, de Barcelona: *Aire y Luz*, por Edmundo de Amicis. — De la de Fernando Fé, de Madrid: *La Busca*, por Pío Baroja y *Mi Rebeldía*, por Ricardo Burguete.

El Rebelde, de Madrid; *Heraldo de París*, de París; *El Progreso*, de Hellin y la *Revue du Bien dans la Vie et dans l' Art*, de París.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Cortes, 645 (chafalán Bruch).—BARCELONA